



EL AMOR

EN PAPEL

(10 CITAS)



I *La montaña mágica, Thomas Mann*

“—Oh, el amor, ¿sabes? ..., el cuerpo, el amor, la muerte, esas tres cosas no forman más que una. Pues el cuerpo es la enfermedad y la voluptuosidad, y es el que hace la muerte; sí, son carnales ambos, el amor y la muerte, y íese es su terror y su enorme sortilegio! Pero la muerte, ¿comprendes?, es, por una parte, una cosa de mala fama, impúdica, que hace enrojecer de vergüenza; y, por otra parte, es una potencia muy solemne y muy majestuosa, mucho más alta que la vida riente que gana dinero y se llena la panza, y mucho más venerable que el progreso que fanfarronea por los tiempos, porque es la historia, y la nobleza y la piedad, y lo eterno, y lo sagrado, que hace que nos quitemos el sombrero y marchemos sobre la punta de los pies. De la misma manera, el cuerpo, también, y el amor del cuerpo, son un asunto indecente y desagradable, y el cuerpo enrojece y palidece en la superficie por espanto y vergüenza de sí mismo. Pero también es una gran gloria adorable, imagen milagrosa de la vida orgánica, santa maravilla de la forma y de la belleza, y el amor por él, por el cuerpo humano, es también un interés extremadamente humanitario y una potencia más educadora que toda la pedagogía del mundo. ¡Oh encantadora belleza orgánica que no se compone ni de pintura al óleo ni de piedra, sino de materia

viva y corruptible, llena del secreto febril de la vida y de la podredumbre! ¡Mira la simetría maravillosa del edificio humano, los hombros y las caderas y los senos floridos a ambos lados del pecho, y las costillas alineadas por parejas, y el ombligo en el centro, en la blandura del vientre, y el sexo oscuro entre los muslos! Mira los omóplatos cómo se mueven bajo la piel sedosa de la espalda, y la columna vertebral que descende hacia la lujuria doble y fresca de las nalgas, y las grandes ramas de los vasos y de los nervios que pasan del tronco a las extremidades por las axilas, y cómo la estructura de los brazos corresponde a la de las piernas.

¡Oh las dulces regiones de la juntura interior del codo y del tobillo, con su abundancia de delicadezas orgánicas bajo sus almohadillas de carne! ¡Qué fiesta más inmensa acariciar esos lugares deliciosos del cuerpo humano! ¡Fiesta para morir luego sin un solo lamento! ¡Sí, Dios mío, déjame sentir el olor de la piel de tu rótula, bajo la cual tu ingeniosa cápsula articular segrega su aceite resbaladizo! ¡Déjame tocar devotamente con mi boca la ‘arteria femoralis’ que late en el fondo del muslo y que se divide, más abajo, en las dos arterias de la tibia! ¡Déjame sentir la exhalación de tus poros y palpara tu vello, imagen humana de agua y albúmina, destinada a la anatomía de la tumba, y déjame perecer con mis labios pegados a los tuyos!”

Final del Capítulo quinto, Noche de Walpurgis.



II *La balada del café triste, Carson McCullers*

En primer lugar, el amor es una experiencia común a dos personas. Pero el hecho de ser una experiencia común no quiere decir que sea una experiencia similar para las dos partes afectadas. Hay el amante y hay el amado, y cada uno de ellos proviene de regiones distintas. Con mucha frecuencia, el amado no es más que un estímulo para el amor acumulado durante años en el corazón del amante. No hay amante que no se dé cuenta de esto, con mayor o menor claridad; en el fondo, sabe que su amor es un

☞ —Oh, el amor, ¿sabes? ..., el cuerpo, el amor, la muerte, esas tres cosas no forman más que una.

☞ amor solitario. Conoce entonces una soledad nueva y extraña, y este conocimiento le hace sufrir. No le queda más que una salida, alojar su amor en su corazón del mejor modo posible; tiene que crearse un nuevo mundo interior, un mundo intenso, extraño y suficiente. Permítasenos añadir que este amante no ha de ser necesariamente un joven que ahorra para un anillo de boda; puede ser un hombre, una mujer, un niño, cualquier criatura humana sobre la tierra. Y el amado puede presentarse bajo cualquier forma. Las personas más inesperadas pueden ser un estímulo para el amor. Se da por ejemplo el caso de un hombre que es ya abuelo que chochea, pero sigue enamorado de una muchacha desconocida que vio una tarde en las calles de Cheehaw, hace veinte años. Un predicador puede estar enamorado de una perdida. El amado podrá ser un traidor, un imbécil o un degenerado; y el amante ve sus defectos como todo el mundo, pero su amor no se altera lo más mínimo por eso. La persona más mediocre puede ser objeto de un amor arrebatado, extravagante y bello como los lirios venenosos de las ciénagas. Un hombre bueno

puede despertar una pasión violenta y baja, y en algún corazón puede nacer un cariño tierno y sencillo hacia un loco furioso. Es sólo el amante quien determina la valía y la cualidad de todo amor. Por esta razón, la mayoría preferimos amar a ser amados. Casi todas las personas quieren ser amantes. Y la verdad es que, en el fondo, el convertirse en amados resulta algo intolerable para muchos. El amado teme y odia al amante, y con razón: pues el amante está siempre queriendo desnudar a su amado. El amante fuerza la relación con el amado, aunque esta experiencia no le cause más que dolor.

III

La máquina de hacer españoles, Valter Hugo Mae

Abracé el cuerpo de mi mujer, le sujeté la mano, su cabeza en mi hombro, empecé a acunarla, creé un pequeño arrullo como para dormirla, o como se hace con quien llora y queremos reconfortar. va a salir todo bien, va air todo bien. lo que era imposible, y lo imposible no mejora, no se corrige. estábamos apoyados contra la pared, detrás de las cortinas, como hacíamos en la juventud para los besos e intercambios torpes de enamorados. estábamos escondidos de todos, yo y mi mujer muerta que no me diría nada más, por más insistente que fuera mi desesperación, mi necesidad vital de respirar a través de sus ojos. mi necesidad vital de respirar a través de su sonrisa. yo y mi mujer

muerta que dimitía de continuar justificándome la vida y que, abrazándome como podía, me entregaba todo de una sola vez. y yo, increíble, dejaba todo de una sola vez sin ningún temor al miedo y volvía a gritar.

IV

Seda, Alessandro Baricco

Siegue así, quiero mirarte, yo te he mirado mucho, pero no eras para mí, ahora eres para mí, no te acerques, te lo ruego, quédate donde estás, tenemos una noche para nosotros, y yo quiero mirarte, nunca te he visto así, tu cuerpo para mí, tu piel, cierra los ojos, y acaríciate, te lo ruego (...), no abras los ojos si te es posible, y acaríciate, son tan hermosas tus manos, he soñado con ellas tantas veces, ahora las quiero ver, me gusta verlas sobre tu piel, así, te lo ruego, continúa, no abras los ojos, yo estoy aquí, nadie nos puede ver y yo estoy cerca de ti, acaríciate, amado señor mío, acaricia tu sexo, te lo ruego, despacio (...), es hermosa tu mano en tu sexo, no te detengas, a mí me gusta mirarla y mirarte, amado señor mío, no abras los ojos, todavía no, no debes tener miedo, estoy cerca de ti, ¿me sientes?, estoy aquí, te puedo rozar, esto es seda, ¿la sientes?, es la seda de mi vestido, no abras los ojos y tendrás mi piel (...), tendrás mis labios, cuando te toque por primera vez será con mis labios, tú no sabrás dónde, de repente sentirás el calor de mis labios sobre ti, no puedes saber dónde si no abres los

ojos, no los abras, sentirás mi boca donde no sabes, de repente....

V *Dejemos hablar al viento,* *Juan Carlos Onetti*

“Ahora era tan suave, triste y lejano como un perfume que hubiera envejecido en un pañuelo. A veces venía, nunca se anunciaba. Generalmente, en sueños: yo veía la cara de Teresa o su manera de andar. Los lugares eran caprichosos y sus construcciones me desconcertaban. Nunca una palabra, jamás una mirada directa que buscara mi cara. En los sueños, silenciosos y en colores, yo la veía pasar, alzando a veces una mano para palpar el mensaje que Teresa no podía dejarme. Pero en la vigilia la recordaba siempre de una manera cruel, apenas modificada o desteñida, que me llenaba de furores y blasfemias”.

VI *La condición humana,* *André Malraux*

Que ella debiera decírselo, no hacía al caso, ni para el uno ni para el otro. Kyo quiso, de pronto, levantarse: así acostado, y ella sentada sobre el lecho, como un enfermo cuidado por ella... Pero, ¿para qué? Todo era igualmente inútil. Continuaba, sin embargo, contemplándola, para darle a entender que ella podía hacerle

sufrir, pero que, desde hacía unos meses, la contemplase o no, ya no la veía; algunas expresiones, a veces... Aquel amor, frecuentemente crispado, que los unía como un niño enfermo; aquel sentido común de su vida y de su muerte; aquella correspondencia carnal entre ambos, nada de todo aquello existía frente a la fatalidad que decolora las formas de que están saturadas nuestras miradas. « ¿La amaré menos de lo que creo? » —pensó—. No. Hasta en aquel momento estaba seguro de que, si ella muriese, él no serviría ya a su causa con esperanza, sino con desesperación, como un muerto.

VII *Sobre la belleza, Zadie Smith*

Los hermanos Belsey entraron en un café cercano. Se sentaron en taburetes alineados frente a la ventana mirando los desolados jardines del Boston Common. Se pusieron al día hablando tranquilamente, entre plácidos silencios, mientras consumían los bollos y el café. Jerome — después de dos meses de tener que esforzarse en ser ocurrente y brillante en una ciudad extraña, entre extraños — saboreaba esa tranquilidad. La gente suele hablar de los felices silencios de los enamorados, pero también daba gusto estar sentado al lado de tus hermanos, sin decir nada, comiendo. Antes de que existiera el mundo, antes de que se poblara, antes de que hubiera guerras y empleos y estudios y películas y ropa y opiniones y viajes



☞ ————— ☛
“Los amante son están nunca bien aparejados, ¿no te parece? Siempre hay uno que proyecta su sombra sobre el otro,..”
☞ ————— ☛



☞ ————— ☞
"No se detenía a pensar en si los quería, ni en el cómo ni en el porqué. Ellos eran amor, simplemente: la primera prueba que había tenido de la existencia del amor..."
☞ ————— ☞

al extranjero... antes de todas estas cosas, había solo una persona, Zora, y sólo un lugar: una casa hecha con sillas y sabanas en la sala. Y al cabo de unos años llegó Levi, le hicieron un hueco; era como si siempre hubiera estado allí. Ahora, al mirarlos, Jerome se veía a sí mismo en los nudillos de sus dedos, en el fino contorno de sus orejas, en sus largas piernas y en sus rizos rebeldes. Y se oía a sí mismo en el leve ceceo causado por la vibración de una lengua recia en unos dientes casi imperceptiblemente protuberantes. No se detenía a pensar en si los quería, ni en el cómo ni en el porqué. Ellos eran amor, simplemente: la primera prueba que había tenido de la existencia del amor, y serían la confirmación última del amor, cuando todo lo demás se perdiera.

VIII

Diario de un mal año, J. M. Coetzee
.....

Amor: eso que el corazón ansía dolorosamente.

IX

*Justine, (El Cuarteto de Alejandría),
Lawrence Durrell*
.....

Los amante son están nunca bien aparejados, ¿no te parece? Siempre hay uno que proyecta su sombra sobre el otro, impidiendo su crecimiento, de manera que aquel que queda en la sombra está siempre atormentado por el deseo de escapar, de sentirse libre para crecer.

¿No te parece que este es el único lado trágico del amor? (...)

(...) En lo más hondo de mí misma, las corrientes han cambiado de dirección. No sé por qué, querido amigo, pero hacia ti se vuelven cada vez más mis pensamientos en estos últimos tiempos. ¿Puedo serte franca? ¿Crees posible una amistad que nada tenga que ver con el amor, una amistad que podríamos buscar y encontrar? No quiero hablar más de amor: la palabra y sus convenciones se me han vuelto odiosas. ¿Pero sería posible llegar a una amistad todavía más profunda, infinitamente profunda y, sin embargo, sin palabras y sin ideales? Parecería necesario encontrar a un ser humano al cual se puede ser fiel, no con el cuerpo (eso se lo dejo a los sacerdotes) sino con el espíritu culpable. Pero quizá no te interesen demasiado en estos momentos esta clase de problemas....

X

Las horas doradas, Leopoldo Lugones
.....

*Al promediar la tarde de aquel día,
Cuando iba mi habitual adiós a darte
Fue una vaga congoja de dejarte
Lo que me hizo saber que te quería.*

*Las horas doradas,
Lepoldo Lugones.*

☞ ————— ☞